

la Reina Victoria, según su correspondencia inédita.

INFORME LEÍDO POR EL **Excmo. Sr. Conde de Tejada de Valdosera** EN LA SESIÓN ORDINARIA DEL 12 DE ENERO DE 1909, CON MOTIVO DE UN ARTÍCULO DE A. MEZIERES PUBLICADO CON AQUEL EPÍGRAFE EN LA *Revue des Deux Mondes*.

Es por todo extremo interesante el artículo publicado en la revista del 15 de Junio último, y firmado por A. Mezieres, con el epígrafe de «La Reina Victoria, según su correspondencia inédita», que empieza en la fecha de su subida al Trono de Inglaterra y concluye á la muerte de su esposo, el nunca bastante llorado por aquella señora Príncipe Alberto.

El articulista recuerda que la nieta de Jorge ni tuvo los más modestos comienzos de vida. Su madre, la Duquesa de Kent, vivía con una fortuna escasa, hasta el día en que el Gobierno inglés pidió al Parlamento que aumentase la anualidad que debía servir para la educación de la joven Princesa.

Fué muy querida de su tío Leopoldo el Rey de los belgas, á quien dedicó constante amistad en pago de las bondades, atenciones y sabios consejos que de él había recibido. Dicho monarca le recomendó en primera línea al Barón Stockmar, su médico y secretario particular. La Reina tuvo en él un consejero discreto.

No pareció muy sorprendida por la toma de posesión de la Corona de Inglaterra; estaba para este acontecimiento de antemano preparada. Distribuyó su tiempo con regularidad metódica. Fijó desde luego la hora de sus audiencias y reci-

bió tranquilamente las propuestas de sus Ministros. Siempre que un negocio carecía de urgencia tenía como regla no tomar una decisión inmediata, pidiendo tiempo para reflexionar y examinar los relatos y documentos que le traían y que frecuentemente sometía al Consejo de Stockmar. Los Ministros respetaron esta práctica sin discutirla.

Mantuvo en funciones á los Ministros del difunto Rey, representantes del partido Whig, al cual estaba adherida por las tradiciones de familia.

Del Rey de los belgas recibió el mejor regalo de su vida, que fué la candidatura á su tálamo nupcial del Príncipe Alberto. Tardó en decidirse: experimentaba repugnancia á cambiar de estado, deseaba aplazar la boda, pero triunfó la seducción que llevaron á su ánimo las cualidades de su prometido, cuando le vio y trató.

La situación que se creó á éste, no siendo el Rey, sino el marido de la Reina, bien puede decirse que, si no partió de ella, recibió su más completa adhesión, y á pesar del Consejo del Rey de los belgas, rehusó elevarle á la dignidad de Par de Inglaterra, pensando que, si como tal entraba en la Cámara de los Lores, se le imputaría el querer representar un papel político, teniendo siempre presente que había que tomar todas las precauciones necesarias para que su cualidad de extranjero no engendrara sospechas y despertase las susceptibilidades de la nación inglesa, como sucedería si tomase parte oficial en la política.

Cuando, en 1840, la cuestión de Egipto estuvo á punto de producir conflictos entre la Francia y las potencias europeas, por el carácter luchador de Thiers y Palmerston, ella, así como Luis Felipe, inspirados en el deseo de que no se turbase la paz, se entendieron personalmente para imprimir á la política un carácter pacífico.

Luis Felipe, al afirmar su deseo de mantener la paz en Europa, pidió que no se le hiciese imposible esa tarea humillando á la Francia; y la Reina por su parte, escribiendo á su Ministro de Negocios Extranjeros, se tomaba el trabajo de

refutar los argumentos que empleaba contra la Francia, esforzándose en atraerle á sentimientos más imparciales. Tal era la prudencia de esta mujer, que sólo contaba entonces veinte años. Bien puede decirse que ella impuso el restablecimiento de las buenas relaciones entre ambas naciones.

Al cambiar el Ministerio, entrando el partido tory, la Reina se rebeló interiormente; pero cedió á las necesidades del régimen parlamentario, si bien aspirando á cultivar sus estrechas relaciones de amistad con el Presidente del Gabinete caído, Lord Melbourne, á quien quiso conservar el mismo favor privado y conceder la misma entrada que en otro tiempo, siendo necesario que Stockmar interviniese para explicar que esto no podía hacerse sin que ofreciese el aspecto de una traición á sus Ministros presentes en beneficio de los pasados. Pero no dejó la Reina desvanecer entre las manos de los primeros ninguna parcela de su autoridad; y como el nuevo primer Ministro, Sir Roberto Peel, se hubiese olvidado en cierta ocasión de informar á la Reina que la Cámara de los Comunes acababa de ser suspendida, le hizo notar este olvido y le pidió al mismo tiempo que le enviase cada día un corto relato de las sesiones de ambas Cámaras.

Le hizo entender, además, que no le convenía que los nombramientos de alguna importancia se hiciesen sin haberle pedido antes su parecer, pues aunque no fuese probable que ella hiciese objeciones á la designación hecha, quería que no se noticiase al interesado antes que hubiese podido apreciar sus cualidades y capacidad.

Sir Roberto Peel aceptó lealmente esta situación con una sola condición: que la Reina no mantuviese correspondencia política con su predecesor, ni éste influyese en Palacio, so pena de presentar su dimisión y llevar la cuestión al Parlamento. La Reina no se resignó por completo y continuó consultando á Lord Melbourne en algunas cuestiones delicadas.

Esto no obstante, acabó por aficionarse á Sir Roberto Peel y sintió su ausencia, como antes había sentido la de Melbourne, cuando un cambio de Ministerio la obligó á separarle de sí.

Llega el año de 1840, volvió la lucha violenta entre Palmerston y Thiers, pero la amistad personal de los dos referidos Soberanos contribuyó más que nada á la pacificación de los espíritus.

La Reina no dejaba escapar ninguna ocasión de manifestar al Rey de los franceses el afecto que le tenía. Ninguna casa soberana de Europa se mostró más enternecida que la de Inglaterra por la muerte trágica del Duque de Orleans.

Llegada algunos años más tarde la crisis de los matrimonios españoles, la Reina, que se había abstenido de favorecer el matrimonio de Isabel con un Príncipe de la Casa de Coburgo, por un sentimiento de moderación política respecto del Gobierno francés, se sintió amargamente sorprendida al conocer el próximo casamiento del Duque de Montpensier con nuestra Infanta Luisa Fernanda, entendiendo que era cosa convenida que si alguno de los hijos de Luis Felipe pedía la mano de la Infanta, no se haría la boda hasta después que la Reina Isabel se hubiese casado y tenido hijos.

Victoria habla de un compromiso verbal contraído durante su estancia en Eu con el Rey de los franceses. Esto, que le pareció una traición, pues preparaba la posibilidad del advenimiento de Montpensier al Trono de España, cambió por completo sus sentimientos respecto del Rey de la Francia. «Se ha cometido una infamia», dijo en estos mismos términos.

La Reina María Amelia, en una carta cariñosa á *su buena hermana de Inglaterra*, procuró transformar este asunto en un suceso de familia; pero Victoria no lo entendió así. Con tono seco, colocó las cosas en su punto, explicando sin ambages ni rodeos su sorpresa y su pesar. El disgusto persistió hasta el día en que Luis Felipe perdió á su hermana Adelaida, y aun entonces, la Reina Victoria, que en otro tiempo habría escrito espontáneamente con motivo de esta gran desgracia, no quiso hacerlo sin el asentimiento de su primer Ministro. Preguntó á John Russell si el reanudar la correspondencia interrumpida por los matrimonios españoles no sería

considerado en Francia como el indicio de una aproximación política. No quiso aquel Ministro que la Reina dejase de seguir los generosos impulsos de su corazón; pero si se compara el corto billete que escribió á Luis Felipe con las cartas anteriores, ¡qué cambio de tono! Los antiguos temores habían desaparecido, aunque dispuestos á reaparecer si las circunstancias lo exigiesen. Pero vinieron las jornadas de Febrero de 1848, cuando Luis Felipe dejó á París y se refugió en Honfleur. Fué el cónsul francés en el Havre quien encontró el medio de sustraer al Rey á la curiosidad pública, y quizá á alguna malevolencia, y de hacer embarcar á la familia real en un barco inglés; siendo en Inglaterra misma donde los desterrados hallaron un asilo, previa petición á la Reina, que acogió esta demanda con cordialidad y lástima sincera.

En esto, las pasiones revolucionarias desencadenadas en París invadían á Alemania é Italia. El Emperador de Rusia apelaba á la Reina, pidiéndole que se uniese á él contra las fuerzas crecientes de la revolución. Conviene tener en cuenta esta fecha y estos antecedentes para comprender el favor con que fué acogida la elección de Napoleón para la Presidencia de la República, en cuanto representaba un principio de resistencia contra el espíritu revolucionario.

En Inglaterra, donde había vivido, se esperaba que se acordase de la hospitalidad recibida. Napoleón, por su parte, comprendiendo bien las ventajas de esta situación, escribió á la Reina una carta en que recordaba con habilidad la acogida benévola que había encontrado en la nación inglesa durante los años de su destierro. No se ocultaba á la Reina ni á su Gobierno las complicaciones que había de traer el golpe de Estado y la elevación al Imperio. Sin embargo, la confianza en la conducta del Príncipe comenzó á hacer progresos y desde el 4 de Diciembre de 1852 la Reina misma daba una prueba significativa de esto en la carta personal que escribió al nuevo Emperador al acreditar cerca de él un embajador extraordinario. La Reina habla en ella de su in-

variable adhesión, de su estimación y sincera amistad. Abierta la lámina de las buenas relaciones entre los dos Soberanos, fué la inteligencia para la guerra de Crimea su consecuencia inmediata.

Constaba el ejército inglés empleado en aquella aventura de sólo 10.000 hombres; no le parecía á la Reina que este número bastaría para representar bien á Inglaterra, y pidió á su Ministerio un aumento inmediato de 30.000. Con tan buena voluntad como había puesto en conservar la paz, tan resuelta estaba ahora á la acción. Siempre la entusiasmaron los relatos de la guerra; el hombre á quien admiró más fué á Wellington: con espíritu patriótico recomendó á sus Ministros que apretasen sus filas é hiciesen cesar entre ellas las divisiones que les debilitaban; y desde el balcón de Buckingham, á las siete de la mañana del mes de Febrero, vio desfilar los fusileros escoceses que iban á embarcarse y cuyo espectáculo contó entusiasmada á su tío el Rey de los belgas.

Una vez la guerra empeñada, el pensamiento de la Reina se dirige entero hacia la Crimea; espera noticias con angustia, la batalla de Alma la llena de gozo y de orgullo; pero al mismo tiempo los enfermos, los heridos y los muertos apenan su alma, quiere que nada se economice para socorrerles y ofrece su propio yate para instalar en él un millar de hombres de refuerzo.

La admiración de que la Francia era objeto después de la batalla de Inckerman, en que la llegada oportuna de los soldados de aquella nación salvó el ejército inglés, hizo explosión cuando en el mes de Abril de 1855 Napoleón y la Emperatriz Eugenia fueron á Londres.

La Reina quedó bajo la impresión gratísima de aquella visita, y las cartas que se cruzaron después del viaje de los dos Soberanos manifestaron una simpatía recíproca. Esta simpatía, unida á la seducción personal que ejerció el Emperador sobre la Reina, se aumentó después del viaje que hizo á París en compañía del Príncipe Alberto. Inolvidable esce-

na la que tuvo lugar cuando se presentó la Reina de Inglaterra delante del sepulcro de Napoleón dando el brazo al heredero de su nombre y de su trono, cuarenta años después de Waterloo.

La dignidad, la corrección de la corte napoleónica le llaman la atención, impresionándole el contraste entre aquella corrección elegante y el desorden que reinaba en las Tullerías en tiempo de Luis Felipe. Cuando adelantando los sucesos se temió una inteligencia de Napoleón con los rusos, la Reina puso una insistencia particular en obtener de aquél que no se dejase tentar por ninguna proposición de aquéllos, dispuesta á continuar la guerra sola si el Emperador aceptase la paz á cualquier precio. Para impedirlo escribió personalmente al Emperador, le envió á Lord Clarendon para que le enterase bien de lo que deseaba, y puso en juego, en una carta hábil, la influencia de la Emperatriz. Fué bien recompensada de su trabajo, porque fué ella sola quien dictó las condiciones de la paz.

Cuando la sugestión del principio de las nacionalidades se apoderó de Napoleón III, la Reina le suplicó que mantuviese la paz en Europa, y cuando se decidió Napoleón á tomar las armas contra Austria, la Reina, que había hecho esfuerzos cerca de las dos partes para prevenir el conflicto, desahoga su ánimo en carta dirigida al Rey de los belgas. En virtud de esto nació en el ánimo de la Reina un sentimiento vago é indeterminado de inquietud, y cuando el Emperador hablaba de las fronteras naturales de la Francia, la Reina comprendió que el Rey estaba amenazado; é hija de alemán, mujer de alemán y suegra de alemán, aquel temor no la abandonó ya, vigilando con inquietud lo que hacía y lo que meditaba el Gobierno francés.

¿Los temores que le inspiraba la Francia y la simpatía por los alemanes influyeron sobre su Gobierno? Parece verosímil, sin que se pueda asegurar nada con certidumbre, pues la correspondencia publicada se interrumpió en 1861, ala muerte del Príncipe Alberto. Pero en 1860 ella hablaba de una

cruzada contra aquel perturbador universal que se llamaba Napoleón III.

Termina el artículo ponderando la aplicación de la Reina al trabajo, su empeño por saberlo todo y responder á todo. Gozaba infinitamente de la vida de familia, daba amplia parte de su tiempo á sus hijos y á su marido, pero sus queridas afecciones no invadieron jamás sus deberes de Soberana. Los llenó todos puntualmente, religiosamente, dominando su conducta una idea que inspiraba sus resoluciones: el interés de Inglaterra.

En las notas escritas que deja á sus Ministros condena todas las palabras ó todas las medidas que podrían hacer dudar del espíritu de equidad de la política inglesa, y Reina constitucional con Ministros que gobiernan por ella, no tiene siempre lo que quiere, pero procura, cada vez que una cuestión capital está en juego, luchar por lo justo hasta el último límite de su poder.

Cuando se trata de política extranjera, la Reina no se contenta con conocer los despachos enviados por su Gobierno, discute los términos y propone con frecuencia modificaciones importantes. Aquel de sus Ministros con el cual se entendía menos, y á quien se creía obligado á dar consejos de moderación y de prudencia, es el que durante una gran parte de su reinado estuvo encargado de los negocios extranjeros, Lord Palmerston. Con frecuencia procuraba dulcificar el tono de sus despachos y evitar que el Gobierno inglés apareciese interviniendo en las cuestiones interiores de los otros Estados. Lord Palmerston tenía la tendencia á favorecer en todas partes los elementos revolucionarios. La Reina se colocaba en una situación opuesta, de respeto á los tratados. No admitía que se jugase con ella y reclamaba un servicio de información bien organizado. La necesidad en que se vio de repetir las mismas recomendaciones, acabó por irritarla y su correspondencia con Palmerston se resentía de ello, reinando en la misma un tono de mal humor, á que no se dejaba arrastrar cuando escribía á los demás Ministros.

En 1848, en el momento en que la Italia entró en lucha con el Austria bajo el impulso de Cerdeña, la Reina se indignó de la política seguida á pesar suyo por el Secretario de Estado, acusándole de perturbar aquella península, de no ocuparse más que de las invasiones de los sardos y de desconocer los derechos que asistían al Gobierno austríaco, en virtud de los tratados con Inglaterra firmados por ella, llegando á declarar á Russell que no tenía confianza en Palmerston y que temblaba por la seguridad del país y por la paz de Europa. Y ya que no podía conseguir la expulsión de aquel hombre del Ministerio por la popularidad que tenía, trató de arreglar la índole de las relaciones que en adelante había de tener con el Ministro de Negocios Extranjeros, obligando á éste á protestar de que nunca tuvo intención de faltar al respeto á la Reina y á darle sus excusas, que ella aceptó, no sin exigirle que en todos los casos le expresase claramente sus propósitos y que, una vez dada su sanción á cualquier medida, no la modificase. El Ministro se dio por enterado y entró en cintura.

Para concluir, la mujer encontraba en las dulzuras del hogar doméstico ancha compensación á los disgustos de la Soberana. No habla jamás de su marido sino con infinita ternura. Ya se sabe cómo esta felicidad concluyó por medio del golpe más inesperado. El 22 de Noviembre de 1861, el Príncipe, que parecía en buena salud, adquirió un enfriamiento en Windsor y se metió en cama para no levantarse más. La Reina fué sorprendida y anonadada por la rapidez de la catástrofe y en la carta desesperada que dirigió al Rey de los belgas le hace comprender que ya no existe para ella felicidad en la vida y que el mundo entero no es nada para ella, confesando entonces que el papel de Soberana es antipático á su naturaleza de mujer. Esto no obstante, desempeñó su papel valientemente hasta el fin de sus días, sin desertar de su deber, si bien sin alegría por un alto sentimiento de conciencia. Su correspondencia ulterior así lo hace ver, aunque no nos enseña nada nuevo sobre su carácter y relaciones con su Gobierno.